

inmediatos á la época de que tratamos. En Ginebra en 1530, 1545 y 1574: en Casal de Monferrato en 1536; en Pádua en 1555; en Turin en 1599; en Palermo en 1526, y otra vez en Turin en el mismo año de 1630, fueron juzgados y condenados á suplicios, en lo general atrocísimos, muchos individuos, en unas partes más, y en otras ménos, como reos de haber propagado la peste con polvos, ungüentos, maleficios, ó todas estas cosas juntas; pero como el asunto de los *untamientos* de Milan fué quizá el que tuvo más fama y duró más tiempo, es quizá el más digno de que se analice, por haber quedado documentos más extensos y circunstanciados. Y aunque el ya citado ilustre Verri ha tratado este punto en sus *Observaciones acerca del tormento*, como su objeto no ha sido escribir su historia, sino sacar razones para un asunto más noble é importante, nos ha parecido que dicha historia podría ser materia de un nuevo trabajo; pero esta no es cosa de pocas palabras, y el desempeñarla con la extension que merece nos llevaria demasiado léjos. Ademas de que despues de haber parado el lector su atencion en estos hechos, ciertamente no tendria grande empeño en saber los que quedan de nuestra relacion; y así reservándolos para otro escrito, volveremos á nuestros personajes para no separarnos ya de ellos hasta el fin de sus aventuras.

### CAPÍTULO XXXIII

Una noche de las últimas de Agosto, cuando estaba la peste en su mayor fuerza, volvia D. Rodrigo á su casa de Milan con el fiel *Canoso*, uno de los tres ó cuatro que de toda la familia le habian quedado vivos. Venía de una concurrencia de amigos que solian reunirse para pasar en bulla la melancolia de la época, y cada vez concurrían algunos nuevos, y faltaban no pocos de los antiguos. Aquel dia fué D. Rodrigo uno de los

más alegres, habiendo hecho reir mucho á los concurrentes con una especie de oracion fúnebre que pronunció en elogio del conde Atilio, á quien dos dias ántes habia arrebatado la peste.

Sin embargo, sentia caminando cierta desazon, abatimiento, debilidad de piernas, dificultad en la respiracion y un ardor interior, que queria atribuir en todo á la velada, al vino y á la estacion. Nada dijo en todo el camino, y al llegar á casa, la primera palabra fué la de mandar al *Canoso* que le alumbrase á su aposento. Hallándose en él, y notando el *Canoso* que la cara de su amo estaba alterada y encendida, y los ojos muy relucientes y saltones, se mantuvo distante, porque en aquellas circunstancias, cualquiera, en orden á la enfermedad, tenía la vista tan perspicaz como la de un médico.

— Bueno estoy, no te parezca, — dijo D. Rodrigo, que leyó en la accion del *Canoso* lo que pasaba por su pensamiento: — estoy bueno; pero he bebido algo más de lo regular. ¡Había una malvasía!... ¡qué malvasía!... pero con un buen sueño todo pasa. Tengo muchísima gana de dormir... Quitame de ahí esa luz, que me deslumbra... me incomoda.

— ¡Travesuras de la malvasía! — dijo el *Canoso* sin acercarse mucho; — pero acuéstese vuestra señoría presto, que el dormir le hará provecho.

— Tienes razon, como pueda dormir un poco... por otra parte, yo estoy bueno. Desde luégo ponme aquí cerca la campanilla, por si acaso necesitase de algo esta noche, y ten cuidado si oyes tocar; pero no creo tener que incomodarte... Llévate presto esa maldita luz.

Y mientras el *Canoso* cumplia la orden, acercándose lo ménos posible, proseguia D. Rodrigo diciendo:

— ¡Qué diablo! Es mucho lo que me incomoda.

Quitó la luz el *Canoso*, y dadas las buenas noches á su amo, se marchó aprisa mientras este se metía en la cama.

Pero la colcha le pareció una montaña: echóla fuera y se recogió para dormir, porque efectivamente se moria de

sueño. Pero apenas cerraba los ojos, despertaba sobresaltado, como si algun impertinente le empujara de improviso, y al mismo tiempo sentia aumentarse el calor y la agitacion. Atribuálo todo al Agosto, á la malvasia y á la francachela; pero á esta idea venia siempre á suceder por sí misma la que entónces se agregaba á todas las demas, la que entraba, digámoslo así, por todos los sentidos, la que se entremetia en



Le pareció hallarse en una grande iglesia entre una inmensa muchedumbre.

todos los discursos de los libertinos, á saber, la de la peste, idea de que entónces era más fácil burlarse que desecharla.

Por fin, despues de batallar largo tiempo, se quedó dormido, y principió á tener los sueños más tétricos y funestos del mundo, y pasando de uno á otro, le pareció hallarse en una grande iglesia, muy adelante y entre una inmensa muchedumbre, sin saber él mismo cómo se habia metido en ella, especialmente en aquel tiempo, de lo que estaba sobremanera pesaroso. Miraba á los concurrentes, y los veia á

todos con rostro macilento, ojos encandilados, labios caidos y ropas desgarradas á jirones, descubriéndose por las roturas manchas amoratadas y bubones. Pareciale que les gritaba: « ¡Atras, canalla, apartarse! » mirando al mismo tiempo la puerta, que se hallaba muy distante, y acompañando la voz con gestos de amenaza, pero sin moverse, al contrario, encogiéndose por no tocar aquellos asquerosos cuerpos que demasiado le tocaban ya por todas partes. Sin embargo, todas aquellas fantasmas, léjos de apartarse, no sólo no daban muestra de haberle oido, sino que se le echaban encima, y parecia que alguno con los codos ó con otra cosa le comprimia el lado izquierdo entre el corazon y el sobaco, donde sentia una aguda punzada, que tambien se dejaba sentir con más fuerza si forcejaba para evitar semejante molestia. Enfurecido quiso echar mano á la espada, pero le pareció que con la apretura la espada, se le habia subido al cuerpo y que el pomo de ella era lo que le heria el lado del corazon. Metió la mano en aquella parte, y no encontró la espada, sino que al tocarse sintió una punzada mayor. Se enfurecia, sudaba y queria gritar más recio, cuando advirtió que todas aquellas caras se volvian á un ado. Miró él tambien, y vió un púlpito, y asomar no sé qué cosa convexa, lisa y relumbrante; luégo la corona de un leclesiástico, dos ojos, una cara con unas barbas blancas y muy largas, y últimamente un capuchino hasta la cintura, el mismo fray Cristóbal. El cual, echada alrededor una mirada, le pareció á D. Rodrigo que clavaba en él la vista, levantando al propio tiempo la mano en el mismo ademan que tomó allá en la sala de su palacio. Él tambien levantó entónces la suya con furor, haciendo un esfuerzo para aferrar aquel brazo en el aire; pero la voz que bronca luchaba para salir de la garganta paró en un grito espantoso, y despertó D. Rodrigo.

Dejó caer el brazo que efectivamente tenia levantado, y no fué poco lo que le costó el acabar de volver en sí, y el abrir bien los ojos, porque la luz del dia, ya muy avanzado, le

mortificaba no ménos que lo hizo la de la vela por la noche. Conoció su cama y su cuarto, se convenció de que todo habia sido sueño, y ya la iglesia, la turba, el capuchino habian desaparecido, á excepcion del dolor en el lado izquierdo. Palpitábale penosamente el corazon con fuerza no acostumbrada, le zumbaban los oídos, y sentia un ardor interior y gran pesadez en todos los miembros, peor que cuando se metió en la cama. Titubeó algun tiempo ántes de mirar la parte dolorida; la descubrió por fin; horrorizado puso en ella la vista, advirtió un asqueroso tumor amaratado.

Túvose en el acto por perdido: invadióle el terror de la muerte, y quizá más que el de la muerte el de caer en las manos de los monatos para ser conducido y arrojado al Lazareto. Y discurriendo acerca del modo de evitar tan horrible suerte, se confundia su imaginacion notando que por momentos se le perturbaba el sentido, y que pronto le quedaria á lo más el suficiente conocimiento para entregarse á la desesperacion. Echó mano arrebatadamente de la campanilla y la sacudió con violencia. Presentóse el *Canoso*, que ya estaba en acecho, se paró á corta distancia de la cama, y mirando con atencion á su amo, se confirmó en lo que la noche ántes habia conjeturado.

Incorporóse D. Rodrigo con trabajo, y sentándose con fatiga en la cama, le dijo:

— ¡*Canoso*! tú fuistes siempre el que más mereció mi confianza.

— Sí, señor.

— Siempre te he hecho mucho bien.

— Bondad que le debo á vuestra señoría.

— ¿Podré fiarme de ti?

— ¡Vaya, señor!

— ¡*Canoso*, estoy malo!

— Ya lo he conocido.

— Si me pones bueno, haré por ti más de lo que he hecho hasta ahora.

Nada contestó el *Canoso*, aguardando en qué iba á parar aquel preámbulo.

— De nadie quiero fiarme sino de ti, — prosiguió D. Rodrigo. — Hazme un favor, *Canoso*.

— Mande vuestra señoría, — dijo el *Canoso*, contestando con la fórmula acostumbrada á aquella no acostumbrada propuesta.

— ¿Sabes tú dónde vive el cirujano Chiodo?

— Sí, señor, mucho.

— Es hombre honrado, que pagándole bien, ocultará mi enfermedad. Véte á llamarlo: dile que le daré cuatro ó seis escudos por cada visita, y más si quiere; y que venga al momento. Haz bien la diligencia, de modo que nadie lo note.

— ¡Bien pensado! — dijo el *Canoso*. — Voy y vuelvo volando.

— Aguarda, *Canoso*: dáme ántes un poco de agua: tengo un ardor interior que me devora.

— No, señor, — contestó el *Canoso*; — nada sin que lo mande el facultativo. Estas enfermedades son endiabladadas: no hay que perder tiempo. Estése vuestra señoría quieto, que en cuatro minutos estoy aquí con el cirujano.

Dicho esto, salió cerrando la puerta.

Acurrucado D. Rodrigo, le acompañaba con la imaginacion, contando los pasos y calculando el tiempo. Miraba de cuando en cuando el costado izquierdo; pero al punto apartaba la vista con horror. Pasado un rato, comenzó á estar con el oído atento, aguardando por instantes al cirujano, y este esfuerzo de atencion suspendia la sensacion del mal, y tenia á raya los pensamientos, cuando de repente oye un sonido de campanillas que, aunque lejano, no parecia venir de la calle, sino del interior de la casa. Aplica más el oído, y lo oye más fuerte y más á menudo, y al mismo tiempo ruido de muchas pisadas.

Le pasa por la mente una horrible sospecha; se sienta en la cama; pone más atencion, y oye en la pieza inmediata cierto golpe sordo como de cosa de peso que con cuidado se descarga en el suelo. Echa las piernas fuera de la cama

en acto de levantarse; mira á la puerta, la ve abrirse, y ve entrar y acercarse dos vestidos encarnados, asquerosos y rotos, dos caras de hereje; en una palabra, dos sepultureros, y ve la mitad del rostro del *Canoso*, que oculto detras de una puerta entornada, estaba en observacion.

— ¡ Ah traidor infame!... ¡ Fuera, canalla! ¿ Blondin?... ¿ Carlitos? ¡ Socorro! Que me asesinan, — grita D. Rodrigo.

Y metiendo la mano debajo de la cabecera, saca una pistola; pero ya al primer grito se habian arrojado á la cama los dos monatos, y el más listo que ya estaba sobre él, le arranca de las manos la pistola, la arroja, le obliga á tenderse, y sujetándole en aquella postura, grita con tono de rabia y escarnio:

— ¡ Ah bribon! ¡ contra los sepultureros!... ¡ Contra los ministros de la Junta! ¡ contra los que ejercen las obras de misericordia!

— Tenle bien firme hasta que nos le llevemos, — dijo el compañero, dirigiéndose á un armario.

Y en esto entró el *Canoso*, y se puso con él á forzar la cerradura.

— ¡ Malvado! — gritaba á más no poder D. Rodrigo, mirándole por debajo del que lo tenía sujeto, y forcejando entre aquellos robustos brazos. — Dejadme, — decia en seguida á los sepultureros, — dejadme que mate á ese malvado, á ese pérfido, y luégo á los demas criados: pero todo era inútil, pues el abominable *Canoso* los habia enviado muy léjos con supuestas órdenes del mismo amo, ántes de ir á proponer á los sepultureros aquella expedicion y el repartimiento de los despojos.

— ¡ Quieto! ¡ Quieto! — decia al malaventurado D. Rodrigo el sayon que le tenía clavado en la cama, y volviendo despues la cara á los que estaban saqueando: ¡ Cuidado! — les decia, — ¡ cuidado con hacer las cosas como hombres de bien!

¡ Tú! ¡ tú — decia enfurecido D. Rodrigo al *Canoso*, viéndole afanado en romperlo todo, y en sacar ropa y dinero, y

repartirlo. — ¡ Tú! Cuando... ¡ Ah monstruo del infierno! Acuérdate que puedo curar, sí, puedo ponerme bueno.

Sin resollar el *Canoso*, ni siquiera se volvía á mirar de dónde venian aquellas palabras.

— Tenle bien firme, — decia el sepulturero: — está frenético.

En efecto, el infeliz vino á estarlo del todo. Despues de un último y más violento esfuerzo de gritos y contorsiones, cayó sin fuerza y sin aliento, y como estúpido; sin embargo, miraba todavía como encantado, y de cuando en cuando hacia algun movimiento, con algunos lánguidos ayes.

Cogiéronle los monatos uno por los piés y otro por los hombros, y le trasladaron á una camilla que habian dejado en la pieza inmediata: el uno de ellos volvió luégo á recoger el botín y levantando despues al infeliz D. Rodrigo se lo llevaron.

De lo que habia quedado se detuvo el *Canoso* escogiendo lo que le pareció convenirle, hizo de todo un lío y tomó la puerta. Tuvo gran cuidado de no tocar á los sepultureros, y de que ellos no le tocasen; pero con el afan de hurgar y registrarlo todo, cogió del lado de la cama los vestidos del amo, y sin pensar en otra cosa, los sacudió para ver si habia dinero; mas al otro dia pagó su merecido, pues miéntras estaba comiendo y emborrachándose en una taberna, le acometieron fuertes calofríos, se le anublaron los ojos, le faltaron las fuerzas y cayó al suelo. Abandonado de todos, fué á parar á manos de los monatos, los cuales, despues de haberle quitado cuanto tenía de algun valor, lo echaron en un carro en que espiró ántes de llegar al Lazareto, donde habian llevado á su amo.

Dejando ahora á D. Rodrigo en aquella morada de dolor, conviene ir en busca de otro, cuya historia jamas habria tenido relacion alguna con la suya, á no haberse empeñado en ello á la fuerza; y aún se puede asegurar que no habria historia ni de uno ni de otro. Hablo de Lorenzo, á quien,

bajo el nombre de Antonio Révuelta, dejamos en su nueva fábrica de seda.

A los cinco ó seis meses, salvo error, de su permanencia en ella, habiéndose declarado enemigos la república de Venecia y la España, y habiendo cesado de consiguiente todo recelo de reclamaciones por parte de esta última potencia, se apresuró Bartolo á ir por él y á traerle otra vez consigo, tanto porque le queria, como porque siendo Lorenzo más inteligente y hábil en su oficio, era en una fábrica de grande utilidad y auxilio para el maestro principal, sin que pudiese jamas aspirar á este puesto por no saber escribir. Como esta razon entró alguntanto en el procedimiento de Bartolo, nos vemos precisados á indicarlo. Quizá nuestros lectores quisieran un Bartolo más ideal, esto es, distinto de lo que generalmente son los hombres: no sé qué decir á eso, sino que se lo fabriquen á su gusto. Aquel era como yo le describo.

Desde entónces quedó Lorenzo trabajando siempre con él. Más de una vez, y aún más de dos, especialmente despues de haber recibido algunas de las cartas de Ines, se le metió en la cabeza el sentar plaza y abandonarlo todo: las ocasiones no faltaron, porque justamente entónces la república tuvo várias veces necesidad de alistar gente, y la tentacion fué tanto más fuerte para Lorenzo, cuanto se habló de invadir el ducado de Milan, en cuyo caso no dejaria de parecerle una linda cosa volver á su casa como vencedor, ver de nuevo á Lucía, y entrar de una vez en explicaciones con ella; pero Bartolo supo siempre con buen modo disuadirle de semejante resolucion.

— Si han de entrar, — le decia, — entrarán tambien sin ti, y tú podrás ir luégo con toda comodidad y cuando quieras: y si vuelven con la cabeza rota, ¿no será mejor no haberse metido en semejante danza? No faltarán desesperados que vayan á este viaje; pero ¿cuánto les costará meter allí los piés? Yo por mi parte soy incrédulo. Estos ladran; pero ¡vaya! El Estado de Milan no es una guinda para tragárselo así como quiera. Se trata de la España, amigo mio; ¿sabes tú lo que

es la España? San Márcos es fuerte en su casa; pero no basta. Ten paciencia. ¿No estás bien aquí? Yo bien comprendo lo que quieres decirme; pero si la cosa está de Dios, ella se hará, y mejor no haciendo desatinos. Algun santo te ayudará. Créeme, Lorenzo, ese oficio no es para ti. ¿Te parece que es lo mismo ir á matar gente que devanar seda? ¿Cómo te podrías avenir tú con los soldados? Para eso se necesitan hombres á propósito.

Otras veces pensaba Lorenzo ir á su país de oculto, disfrazado y con otro nombre; pero tambien de esta idea siempre supo distraerle Bartolo con razones muy fáciles de adivinar.

Declarada luégo la peste en el ducado de Milan, y cabalmente, como hemos dicho, en la parte limitrofe con el país de Bérgamo, no tardó mucho en introducirse allí tambien... y... No hay que asustarse, lectores míos, creyendo que yo me dispongo á referir igualmente la historia de esta. Para el que la quisiere leer la hay escrita. Lo que yo iba á decir era que tambien Lorenzo contrajo la enfermedad, y se curó por sí solo, que es lo mismo que decir que no hizo nada. De todos modos, estuvo á la muerte; pero su buena complexion resistió la fuerza del mal, y en pocos dias se halló fuera de peligro. Con haber recobrado la salud se renovaron con más vigor en su ánimo los antiguos cuidados de la vida, los deseos, las esperanzas, los recuerdos y los proyectos, que es como si dijéramos que pensó más que nunca en Lucía.

« ¿Qué será de ella, decia para sí, en un tiempo en que el vivir puede considerarse como una excepcion? ¡En tan corta distancia no saberse nada! ¡Y sabe Dios cuánto durará semejante incertidumbre! » Mas aún cuando esta se hubiese disipado, aún cuando pasado todo peligro hubiese sabido que Lucía estaba viva, quedaba siempre ese nudo que desatar, ese grave inconveniente del voto.

« Yo iré, decia para sí, yo iré á informarme de todo (y esto lo decia cuando aún no podia tenerse en pié) siempre que viva... ¡Ah! quiera el cielo que viva, que encontrarla, yo la